



por ISABEL  
ROMERA



## Malthus, la patata y los cristianos

Confieso con alegría que he empezado el nuevo año con la mejor disposición. A los propósitos normales, dejar de fumar, hacer más ejercicio, seguir una dieta más sana... he añadido el dedicar más tiempo a la lectura, sobre todo de la prensa, que la tengo algo abandonada. Y miren por donde, los Reyes Magos, siempre tan generosos, me hacen llegar, vía prensa provincial, un caudal de conocimientos.

A través de ella, no sólo se han refrescado mis recuerdos sobre los padres de la economía de los siglos XVIII y XIX, sino que además ha aprendido de la mano de MALTHUS un montón cosas sobre la patata.

Hasta la fecha, lo único que yo sabía es que la patata era un tubérculo importado de América muy rico en hidratos de carbono, pero desconocía -lo escribo con bochorno- «la afirmación que se ha convertido en un lugar clásico» sobre el papel jugado por la patata en determinados momentos históricos.

Desde ese día entro en la cocina no como quien entra al potro de tortura, sino con cierto gozo interior, porque ahora siento algo diferente por las patatas; las pelo con cariño, las pongo a cocer con mimo, las coloco cuidadosamente en el cesto, no como antes que las ponía de cualquier manera, procuro no discriminarlas por sus formas o tamaños y ¡eso sí!, las dejo que echen todos los hijos, nietos y sobrinos que ellas quieran. Pues bien, estas labores antes tan poco gratas le están dando un nuevo sentido a mi realización como mujer.

Por si todo esto fuera poco, parece ser que el cultivo y disfrute de las patatas disparó en siglos pasados el aumento de la población, por lo cual deduzco que en España la gente debe comer muy pocas a juzgar por el índice de natalidad de nuestro país. Así es que ya saben, menos tratamientos de fertilidad, menos fecundación in vitro y más patatas fritas.



La segunda parte del escrito a que me estoy refiriendo hace hincapié en los cristianos y su relación con la economía, resaltando que ya hubo quien dijo que la economía no tiene nada que ver con la moral y la justicia. Algo de esto venía yo notando a través de las actuaciones de los estados de bienestar, sobre todo en los de «máximo bienestar» como las

grandes potencias y aliados, que se han destacado siempre por entrar a saco en los países pobres expoliando sus recursos naturales, suministrándoles armamento, alentando las guerras civiles y dejándolos a su suerte cuando han terminado de estrujarlos como a los limones.

Porque ya me contarán qué han hecho los Von Hayek, los Reagan, los Thatcher -yo creía que sólo había uno de cada- y demás hierbas, más que distribuir las patatas quedándose siempre la más gorda y no dejando ni una pequeñita para los estados de malestar que no tienen dónde caerse muertos.

Como no estar de acuerdo con quien así escribe y agradecerle de corazón haber abierto mis ojos a estas realidades en las que yo no había caído.

Se me olvidaba decirles que este año debemos abrir esas mentes decimonónicas y conservadoras, rancias y absurdas a la par que pasadas de moda. Ya está bien de cargarles a las autoridades públicas todos los muertos.

¿Acaso creen ustedes que nuestras autoridades públicas no piensan lo que nosotros pensamos que deberían pensar?

Pues se equivocan, porque la realidad es que ellos piensan el doble de lo que pensamos, ya que piensan por ellos y por nosotros en ensayar los modelos de convivencia más idóneos para que todos vivamos en paz.

Y eso, les aseguro, no es ninguna bagatela, sino más bien una hermosa patata caliente.